

do bajo la inmediata direccion y á la vista misma de su Obispo, y conforme á su espíritu verdaderamente sacerdotal: tiene la ventaja de haber sido formado en un solo y único plantel, y saturándose allí de ese espíritu de cuerpo que tanto aumenta la fuerza de accion de toda milicia. Elemento que se hará siempre desear en todo clero formado en establecimientos distintos, con métodos varios y bajo la inspeccion de directores animados frecuentemente de tendencias divergentes, opuestas y aun rivales.

En cuanto le fué posible atendió tambien al Colegio del Estado, sin inmiscuirse en aquello que por las leyes vigentes le era vedado; pero prestándose gustoso á las invitaciones que se le hacian: "Por ese tiempo, dice el Sr. Cura Campa, en la carta que ántes hemos citado, dirigia yo el Colegio civil del Estado de Querétaro, y tuve el gusto de que en dos años, durante el tiempo de las vacaciones chicas, fuera el Sr. Camacho á celebrar Misa en la Capilla del Colegio, y darles la Sagrada Comunion á todos los alumnos y aun algunos de los Catedráticos. El acto era por su naturaleza solemne. El Ilmo. Sr. era recibido con todo respeto por los alumnos y Catedráticos, que de rodillas formaban valla desde la entrada del Colegio hasta la Capilla. Despues del Santo Sacrificio nos dirigia el Sr. Camacho la palabra, dejando en nuestras almas profundas impresiones por su uncion evangélica y por su elocuencia sencilla. Despues del desayuno amenizaba su visita, haciéndose simpático á los estudiantes por su conversacion festiva, por sus anécdotas y cuentos graciosos, y por aquella risa franca, en la que derramaba todo el candor de su alma elevada. Se le despedia con las mismas demostraciones de respeto; y una comision le acompañaba hasta la casa episcopal. La tradicion de este hecho no se borrará en nuestro Colegio, aun cuando ya no existe la Capilla, donde se oyó por primera vez la voz de tan grande Obispo."

Su celo por extender la instruccion no se limitaba á la juventud estudiosa que cursaba las aulas, y á la cual profesaba una marcada predileccion: sino que se extendia á la infancia, principalmente de la clase pobre y desvalida; porque tenia para sí, que éste era el gran medio para oponerse al desbordamiento de los errores actuales. En carta de 25 de Mayo de 1884 decia á un amigo suyo lo siguiente: "El único medio algo eficaz para contrariar esa propaganda, es el establecimiento de escuelas católicas gratuitas; ya que las sostenidas por los fondos públi-

cos no cuidan, ni pueden legalmente cuidar de la instruccion cristiana de los niños y niñas. Esto es lo que por acá procuro, en cuanto me es dable, atendidas las circunstancias." Y lo procuraba eficazmente, sosteniendo de su peculio varias escuelas y establecimientos católicos de enseñanza primaria para uno y otro sexo. En sus Pastorales se puede ver cuánto le preocupaba la formacion de la infancia, y el empeño con que inculcaba á los padres de familia el cumplimiento de sus deberes en esta parte, y á los párrocos la vigilancia que sobre ello debian ejercer.

## § XV.

En el tiempo muy limitado que las atenciones episcopales le dejaban libre, el Sr. Camacho solia administrar el Sacramento de la Penitencia en su oratorio privado; y lo hacia con más frecuencia en la Visita episcopal: pero cuidaba mucho de que, no la pretension de confesarse con él, fuese sólo por curiosa novelería.

Nunca dejó el estudio, no obstante su avanzada edad, trabajo continuo y molestas enfermedades. Pero se ocupaba exclusivamente de estudios pertenecientes á su alta mision; y su lectura favorita eran las obras de San Gregorio Magno, á quien solia citar textualmente. Para toda obra de su ministerio se preparaba con la oracion; y además consagraba á ella diariamente el tiempo que le era posible. Así es que muchas veces, creyendo encontrarle completamente desocupado y en plácido reposo, el que atentamente le observaba vislumbraba en su semblante ese algo imponente, sereno pero humilde al mismo tiempo, que revela el acto de la comunicacion del alma con Dios, la elevacion del espíritu que se refleja en la trasformacion del semblante.

Y con todo y ese hábito de accion continua exterior é interior, la casa episcopal estaba siempre franca para todo aquel que tuviera negocio por tratar con el Prelado; pero en su audiencia siempre recibia de preferencia á los eclesiásticos; porque los negocios de ellos son siempre relativos á cumplimiento de deberes, cuya atencion puede ser urgente: ni la respetable señora ni el gran negociante, ni el agente privado eran

atendidos de preferencia al anciano Párroco, ó al laborioso sacerdote; que venian, tal vez, de léjos en busca de consejo, de direccion ó de órdenes.

Y abierta estaba tambien la casa episcopal para el indigente que imploraba la caridad, que en el Sr. Camacho no tenia más límites que el de los recursos de que podia disponer en favor de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos y desvalidos; y á fin de ampliarlos, cuanto era posible escatimaba de sus gastos personales. Las limosnas que distribuia por su propia mano, por conducto de su Secretaria, de los Párrocos, de la persona encargada del gobierno doméstico de su casa, y los suplementos que periódicamente hacia para cubrir el *deficit* de los fondos de las Conferencias de San Vicente de Paul, consumian en su totalidad las rentas del Obispado; puesto que el consumo de la casa y mesa episcopal, era tan modesto, que á serlo un poco más, se habria podido llamar ruin.

De aquí es que todo el servicio doméstico del Sr. Camacho era, no sólo modesto sino humilde. Muebles de madera blanca, sillas de paja, retazos de alfombra, cama de un tablon, eran el menaje del palacio episcopal; usaba su ropa interior de tejido burdo del país, y calzado bastante económico. No hacia uso del vino, ni de manjares exquisitos; su mesa era frugal y sana, aunque no miserable. Todo era así para su persona: mas cuando recibia á un huésped, ó invitaba á su mesa á algun amigo, sabia hacer los honores de su casa, y tenia gusto en ello, sin incurrir en despilfarros reprecensibles.

Habiendo recibido desde niño una excelente educacion, no sólo moral y religiosa sino tambien urbana, ella le puso en aptitud de exhibirse convenientemente en la sociedad, en las varias posiciones de su vida: la variedad de éstas, las distintas clases de gentes con quienes tuvo que tratar, le dieron esa expedicion de maneras que hace aceptable al hombre en todas partes. El trato con el bello sexo, que es la piedra de toque de la civilidad más exquisita, no fué un embarazo para el Sr. Camacho: «Las señoras de la Conferencia de Caridad, que tenian que tratarle con alguna frecuencia, salian elogiando las finísimas maneras, y las atenciones de que eran objeto para aquel modelo de caballeros cristianos.»

A esa expedicion de maneras y conveniencia de trato, unia la inapreciable ventaja de saber plegarse al lenguaje y porte de cada cual. Era atento, afable con todo el mundo; pero si al acercársele alguna per-

sona notaba en ella timidez, encogimiento ó respeto nímio, procuraba infundirle confianza, hablándole con llaneza, y aun dirigiéndole alguna frase jovial; principalmente si se trataba de un pobre. Y si alguna vez acontecia que el Ilmo. Obispo, preocupado por alguna ocurrencia desagradable, agobiado por el cúmulo de atenciones, ó dolorosamente trabajado por sus padecimientos físicos, no recibiera á alguna persona con su genial amabilidad, ó con la atencion que otras veces; tan luego como miraba en ello, y creia haber incurrido en una inconveniencia, se esforzaba por disipar la mala impresion que pudiera haber causado, y compensarla por medio de manifestaciones muy expresivas de afecto y consideracion.

La delicadeza de su conducta en todo su porte sacerdotal, y su apego á las prescripciones canónicas relativas á su estado, fué notoria desde su primera iniciacion en el clericalato. Hay personas que le conocian y trataron íntimamente desde que era diácono, y no recuerdan haberle visto jamás, en parte alguna, presentarse con otro traje que el que correspondia á su estado; ni en alguna vez en que ello pudo ceder en perjuicio de su salud. Sucedió que siendo ya Obispo, sus enfermedades le hacian necesarias algunas horas de ejercicio diario; el que hacia saliendo en coche, con sus hábitos episcopales ordinarios. El religioso pueblo queretano, que de bien léjos conocia á su Obispo; no por el traje, sino por la extraña forma y pobrísimo equipo de su carruaje, doblaba la rodilla para recibir la bendicion episcopal; que como todo católico sabe, tiene cierta eficacia espiritual. Mas este acto de piedad pública lastimó la delicada susceptibilidad constitucional de cierto gobernante de Querétaro, que quiso impedirlo como acto de culto público. Al efecto ordenó al Sr. Camacho que se abstuviera del uso de su traje episcopal fuera de casa, puesto que por él le reconocia el pueblo. Entónces el Sr. Camacho, teniendo que escoger entre dejar sus hábitos eclesiásticos, ó prescindir del ejercicio que su salud le exigia, optó por este extremo: prescindió de salir de su casa, y se limitó á hacer el ejercicio que en las azoteas de ella podia. Esa rigidez de conciencia consigo mismo solia llegar al grado que se verá por lo siguiente que tomamos á la letra de una carta de persona muy respetable: «Habiendo leído el mismo Ilmo. Sr.—no me acuerdo bien, pero me parece que en el Ferraris—que los Sres. Obispos deben aplicar todas las Misas por sus diocesanos; aunque Su Señoría Ilma. por su profundo saber

y por su grande prudencia era bastante capaz para darle el sentido que conviene á esta doctrina; por la delicadeza de su conciencia, pues era muy austero para sí mismo, tomaba á la letra dicha doctrina, y siempre que decia Misa la aplicaba por los fieles de su diócesis. A mí me consta esto; pues varias veces en que tuvo Su Señoría Ilma. que cantar la Misa en alguna funcion, no en domingo ni en dia de fiesta, sino en dias comunes y corrientes—y aun alguna vez que estuvo enfermo, me encargó que aplicara yo la Misa *pro populo*. Pero fijese la atencion sobre que, esa severidad y rigidez de conciencia la tenia para consigo mismo. En cuanto á los demás su caritativa benignidad era notoria: díganlo los niños, que gustaban mucho de confesarse con él.

Su vigilancia y celo pastoral, se extendian debidamente á la administracion y conservacion de los pocos haberes de su pobre Iglesia; pero no daba la preferencia á este ramo de la solicitud episcopal; porque no podia ni debia olvidar el *No es justo que nosotros descuidemos de la palabra de Dios, por tener cuidado de las mesas*, de los Apóstoles. El disponia, daba órdenes, vigilaba sobre el cumplimiento de ellas; pero no negociaba. Desde jóven habia dado á conocer su desprendimiento de los bienes materiales, y su juicio sobre el lugar muy secundario que ellos deben ocupar entre las solicitudes de una alma noble: sobre lo cual tenemos este dato fehaciente: "desde que fué Cura de la Encarnacion dejó todo su patrimonio á beneficio de la familia, sin pedir jamás nada; y aun resistiendo aceptar lo que se le mandaba espontáneamente." Así es que: "Solo hizo testamento para morir, con el objeto de asegurar las cosas de su Iglesia."

Desde la juventud fué notoria la integridad de costumbres del Señor Camacho; contra cuyo buen nombre jamás se atrevieron ni las lenguas más ligeras y malignas. Ese hábito de virtud precoz, imprimió desde muy temprano en el semblante del Sr. Camacho cierto sello de gravedad que le captaba respeto y atenciones. Sello que imprimia aun en sus expansiones de amistad más íntimas; y que excluía la frivolidad, no sólo del fondo de los afectos, sino aun en la expresion de ellos. Un amigo de aquel señor, nos ha mostrado una carta suya, contestacion á otra que su dicho amigo le habia escrito; en la cual le manifestaba su gratitud por muchas bondades, y el perpétuo recuerdo que de ellas conservaria. Al efecto se habia servido de unos versos de Virgilio: *In*

*freta dum fluvii current, dum montibus umbra* etc. (*Æneid.* lib. I, vers. 607 al 610.) Refiriéndose á esto el Sr. Camacho, contestaba: "Al *In freta dum fluvii*, etc., de Virgilio, correspondo, no en *clásico*; sino en *santo*, porque es de San Gregorio, escribiendo á San Leandro; diciendo á vd.: *Quanto ardore videre te sitiam, quia valde me diligis tui tabulis cordis leges*." De esta manera, y sin lastimar en nada, los hombres del temple y carácter del Sr. Camacho enseñan á elevar los afectos más naturales, á una altura superior al vulgar sentimiento puramente humano, y su más poética expresion; revistiéndoles de la dignidad y gravedad del afecto cristiano, que se ennoblece con el temple de la santidad.

Pero esa gravedad no estaba reñida con la afabilidad y condescendencia caballerosa, que en la buena sociedad llega hasta la jovialidad, sin degenerar jamás en chocarrería. Dé aquí es que, su conversacion, en el círculo de la amistad confiada, era amena, variada, instructiva, y al mismo tiempo sencilla. La misma condescendencia que tenia para conversar, tenia para escuchar; y se divertia oyendo pláticas infantiles. En cierta ocasion, nuestro respetable Obispo, en un pueblo de su diócesis, era huésped de un amigo suyo; quien, acompañado de la señora su madre, hacia los honores de la casa y de la mesa. Despues de la cena acostumbraban conversar largo rato; y entónces la señora referia á los comensales añejas tradiciones y divertidas consejas, de esas con que solian nuestros mayores divertir á los niños, sin menoscabo de su inocencia. El Sr. Obispo escuchaba con visible interés aquellas narraciones, se hacia dar explicaciones, demandaba pormenores, rectificaba apreciaciones; y concluía con encargar que, á la siguiente noche se le refiriera otra conseja semejante; con su obligado cortejo de duendes, brujas, apariciones, etc. En estas escenas, dignas del hogar de los Patriarcas, no se sabia qué admirar más, si la hospitalaria amabilidad de la señora narradora, que se prestaba á hacer tales relatos á presencia de tal Obispo; ó la sencillez de éste, que se divertia grandemente, y reía de ganas, oyendo cuentos con la complacencia que pudiera un niño. A nosotros, esta escena de sobremesa nos recuerda á San Juan el Teólogo, al Profeta de Patmos, divirtiéndose con su perdid domesticada.

El Sr. Camacho contrajo desde muy temprano el hábito de la laboriosidad, ese hábito que dá tanto valor al tiempo, y que del tiempo sa-